



IDENTIDAD NACIONAL E HISTORIA NAVAL

A raíz del colapso de la Unión Soviética y el término de la guerra fría, dos tendencias políticas divergentes surcan el mundo. Una lleva hacia la formación de grandes bloques económicos y otra conduce hacia el rechazo de poderosas uniones federales y su descomposición en núcleos independientes, definidos e impulsados por un fuerte nacionalismo. En lo esencial, se está planteando una definición en cuanto al predominio de integraciones supraestatales o de asociaciones interestatales.

El primer modelo, el de las integraciones, de carácter esencialmente económico y vecinal, conduce a la formación de bloques que tienden a transformarse en superestados, donde la política está al servicio de la economía, se difuma el sentido de nación, privilegiándose el concepto más difuso de población en el que el protagonista es el individuo, del cual son valorizadas especialmente sus capacidades de producción y sus decisiones de consumo.

El otro esquema, de carácter sociocultural, descansa en la presencia activa de numerosas agrupaciones humanas reunidas, cada una, en torno a ciertos valores y principios que definen una identidad nacional. Dicho marco ético-cultural es tan propio del alma colectiva que le ha dado forma y contenido, que no sólo regula su orden social —que es esencial para la realización personal de cada integrante— sino que transfigura al cuerpo social, sublimándolo en nación. A su vez, esta nación tiende, natural e inexorablemente, a institucionalizarse en el nivel político en la forma de estado.

Surge así el estado-nación, fórmula ideal de estructura político-social en la que se asocian, en la extensión y profundidad más armónica, la nación, el territorio y la soberanía, trilogía estructural que, funcionalmente, se desenvuelve por medio de un factor impulsor, que es la vocación nacional como expresión dinámica del interés nacional, y un elemento acumulador, que es la patria, concebida como el compendio, en permanente enriquecimiento, de la nación, de su firme asentamiento en un ámbito propio y de su continua prolongación, en la dimensión del tiempo, a través de su historia.

La realidad indica que sean cuales fueren los progresos de la tendencia integracionista, que abiertamente combate al nacionalismo considerándolo como una fuerza anacrónica, cuando no retrógrada, le será difícil hacer desaparecer al estado-nación, cuya fortaleza no descansa en gigantescos indicadores de poder, en hegemonías económicas, en dominaciones científicas ni en tecnologías de punta, todas las cuales, tarde o temprano, serán transferidas o compartidas, sino en una muy particular combinación de factores

relativamente proporcionados que se potencian recíprocamente. Son ellos un ámbito territorial adecuadamente extenso y feraz para el asentamiento nacional, cuyo específico ambiente se encarna en un estilo y calidad de vida típicos, y una nación cohesionada, fundada en bien ensambladas etnias y con una creciente homogeneidad cultural; todo ello conducido por esa motivación autónoma que es la genuina vocación de ser, traducida en términos activos en la poderosa voluntad política nacional.

Si bien ambos modelos son aparentemente contradictorios y excluyentes, es posible que, en la medida que sean elaborados esquemas de estrecha vinculación —vecinales o a distancia— que respeten los márgenes señalados de la ecuación nacional, puedan surgir actores supranacionales de carácter asociativo, pero cuya eficacia económica, política e incluso militar, les exigirá, por cierto, fundarse en la percepción conjunta de objetivos comunes. Es muy difícil que prosperen aquellas integraciones que pretenden surgir a costa o en detrimento de los núcleos nacionales que las sustentan, pues tales deterioros, antes que destruir a los estados, alertados y movilizados por su vocación nacional, provocarán muy probablemente el descalabro del ente demoleedor si éste no atenúa los términos de su avasallamiento.

Es por lo anterior que la identidad nacional —como sello distintivo de los estados en forma, esto es, de los que han madurado por su propia experiencia y poseen el firme entramado interno antes descrito— se alza como el factor determinante de la solidez que requieren los actores internacionales para prevalecer como núcleos políticos en la estructura del sistema mundial. Para fortalecer tal identidad nacional es indispensable conocer la trayectoria histórica de la nación, antes y después de alcanzar su condición de estado. De aquí que el estudio de la historia nacional sea un elemento fundamental no sólo para la cabal comprensión del entorno político, social y cultural que permite a cada ciudadano alcanzar su más plena y digna vida, sino —particularmente— para la necesaria y común orientación de los estamentos dirigentes del quehacer nacional, tanto en el campo del desarrollo como en el de la seguridad.

* * *

En la evolución histórica de nuestro país, la permanente presencia del mar ha sido un factor relevante que ha incidido en forma determinante en su ritmo y orientación, aunque haya sido subestimado en no pocas oportunidades por quienes han tenido influencia en la conducción política nacional. Es así como, si bien la historiografía nacional y los estudios históricos generales tratan los hechos del estado, del gobierno y la sociedad civil, enfocando preferentemente el campo y la ciudad, la agricultura, la minería y la industria, con una visión sesgada que se apega casi instintivamente al terruño, el hecho real es que las fuerzas profundas —estáticas y dinámicas— que han impulsado nuestra historia han tenido su origen, inequívocamente, en la condición marítima del país. Igualmente, han sido los hechos ocurridos en el océano, en particular los navales, la expresión concreta y distintiva de sus ciclos de afirmación, desarrollo y proyección, incorporándolos por su trascendencia a los fastos fundamentales del devenir nacional.

Esta presencia del mar, intrínseca del patrimonio histórico nacional, requiere ser debidamente considerada al definir las características del ser y del quehacer nacional y las orientaciones para su desarrollo y seguridad. Para ello es necesario incrementar en todos los ámbitos el conocimiento de nuestra historia marina, tanto marítima como naval, pues un bajo nivel se traduce a la postre en una generalizada incompreensión del importante rol que desempeña el mar en la vida nacional.

Una de las razones que demandan este necesario esfuerzo es la propia complejidad

de nuestra historia y realidad marinas, pues sus variadas facetas tocan aspectos de suyo abstrusos, como son los amplios ámbitos geográficos —donde ocurren los hechos históricos— con su doble dimensión, horizontal y vertical, esta última, submarina y atmosférica; los factores económicos —comercio exterior, cabotaje, pesca, minería marina e industria naval— que están en el sustrato de las potencialidades básicas del país y de su más sustentable desarrollo; los aspectos oceanopolíticos —presencia soberana y proyección oceánica— que consolidan y amplían las áreas de influencia nacional; en fin, la evolución científica y tecnológica, los fenómenos sociales y culturales y, por supuesto, los sucesos bélicos, que son los hitos que marcan las circunstancias en que la voluntad política nacional estuvo en su nivel más categórico.

Otra razón es la dispersión que ha tenido el esfuerzo investigador de la historia marina, desarrollado mayoritariamente por individualidades excepcionalmente valiosas cuya dedicación ha logrado establecer las bases fundamentales, particularmente de la historia naval y marítima mercantil, pero que, no obstante, ha dejado aún mucho por hacer. Se requiere un esfuerzo más sistemático y con una coordinación académica que estimule y oriente estas actividades de investigación y su correspondiente divulgación, de modo tal que sustente adecuadamente el desarrollo de una conciencia marítima y, a través de ella, consolide —en forma objetiva y realista— nuestra identidad nacional.

* * *

Revista de Marina ha cumplido, a lo largo de su más que centenaria trayectoria, una incesante actividad de promoción y difusión de la historia marina, tanto marítima como naval. Aun cuando ello no es su cometido principal, pues es una revista de cultura profesional con toda la variedad temática que eso implica, parte importante de su contenido ha sido de carácter histórico naval, manteniéndose, de hecho, muy vinculada a ese importante ámbito de la cultura nacional. Consecuentemente, apoya todo esfuerzo que permita ampliar y profundizar los estudios de historia marina, sea a nivel institucional en el campo de la historia naval, o en el ámbito académico y universitario para la historia marina en general.

La iniciativa personal y la dedicación entusiasta frente a temas de historia naval, con todo el mérito que tienen, son resortes que nuestra publicación seguirá activando, pero ello no es suficiente; hay mucho que descubrir y reapreciar en la dilatada ejecutoria naval —lejana y próxima— que contiene múltiples hechos cuya esencia ya se ha fundido en el acervo institucional e incluso nacional, por lo que cabe identificarlos y rescatarlos con toda la certitud que permita reconstruir fielmente la silueta del pasado, que se renueva en los rasgos del presente y se proyecta en el perfil del porvenir.

Es necesario evaluar correctamente el duro bregar de nuestros antecesores en el servicio naval, cuyos aportes no sólo se incorporaron a la realidad de sus días, impulsando el avance de la institución y del país, sino que dejaron obras y, por sobre todo, ideas, valores y principios que aún afectan al curso de la historia naval, trascendiendo muchos de ellos la propia Armada de Chile para insertarse, con notable afinidad, en el alma colectiva de la nación.

Al hacerlo estaremos contribuyendo positivamente a la definición de una genuina identidad nacional, de cuya nitidez depende no sólo la autenticidad en el diseño de nuestro proyecto de futuro y la eficiencia que logremos en su ejecución, sino, además, la perspicacia con que, sin prejuicios ni renuncios ni temores, conduzcamos nuestro accionar en el concierto internacional.

* * *